

## LA NOVELA EN EL TRANVIA

### I

Partía el coche de la extremidad del barrio de Salamanca, para atravesar todo Madrid en dirección al de Pozas. Impulsado por el egoísta deseo de tomar asiento antes que las demás personas, movidas de iguales intenciones, eché mano a la barra que sustenta la escalera de la imperial, puse el pie en la plataforma y subí; pero en el mismo instante —¡oh imprevisión!— tropecé con otro viajero que, por el lado opuesto, entraba. Lo miro y reconozco a mi amigo el señor Dionisio Cascajares de la Vallina, persona tan inofensiva como discreta, que tuvo, en aquella crítica ocasión, la bondad de saludarme con un sincero y entusiasta apretón de manos.

Nuestro inesperado choque no había tenido consecuencias de consideración, si se exceptúa la abolladura parcial de cierto sombrero de paja puesto en la extremidad de una cabeza de mujer inglesa, que tras de mi amigo intentaba subir, y que sufrió, sin duda por falta de agilidad, el rechazo de su bastón.

Nos sentamos, y sin dar a aquel percance exagerada importancia, empezamos a charlar.

El señor Dionisio Cascajares de la Vallina es un médico afamado, aunque no por la profundidad de sus conocimientos

patológicos, y un hombre de bien, pues jamás se dijo de él que fuera inclinado a tomar lo ajeno ni a matar a sus semejantes por otros medios que por los de su peligrosa y científica profesión. Bien puede augurarse que la amenidad de su trato y el complaciente sistema de no dar a los enfermos otro tratamiento que el que ellos quieren, son causa de la confianza que inspira a multitud de familias de todas las jerarquías, mayormente cuando también es fama que en su bondad sin límites presta servicios ajenos a la ciencia, aunque siempre de índole rigurosamente honesta.

Nadie sabe como él sucesos interesantes que no pertenecen al dominio público, ni ninguno tiene en más estupendo grado la manía de preguntar, si bien este vicio, de exagerada inquisitividad, se compensa en él por la prontitud con que dice cuanto sabe, sin que los demás se tomen el trabajo de preguntárselo. Júzguese por esto si la compañía de tan hermoso ejemplar de la ligereza humana será solicitada por los curiosos y por los lenguaraces.

Este hombre, amigo mío, como lo es de todo el mundo, era el que sentado iba junto a mí, cuando el coche, resbalando suavemente por la calzada de hierro, bajaba la calle de Serrano, deteniéndose alguna vez para llenar los pocos asientos que quedaban ya vacíos. Íbamos tan estrechos, que me molestaba grandemente el paquete de libros que conmigo llevaba, y ya le ponía sobre esta rodilla, ya sobre la otra, ya, por fin, me resolví a sentarme sobre él, temiendo molestar a la señora inglesa, a quien cupo en suerte colocarse a mi siniestra mano.

## II

— ¿Y usted adónde va? —me preguntó Cascajares, mirándome por encima de sus espejuelos azules, lo que me hacía el efecto de ser examinado por cuatro ojos.

Contestéle evasivamente, y él, deseando, sin duda, no perder aquel rato sin hacer alguna útil investigación, insistió en sus preguntas diciendo:

— Y Fulanito, ¿qué hace? Y Fulanito, ¿dónde está? —con otras indagatorias del mismo jaez, que tampoco tuvieron respuesta cumplida.

Por último, viendo cuán inútiles eran sus tentativas para pegar la hebra, echó por el camino más adecuado a su expansivo temperamento, y empezó a desembuchar.

— ¡Pobre Condesa! —dijo, expresando con un movimiento de cabeza y un visaje su desinteresada compasión—. Si hubiera seguido mis consejos, no se vería en situación tan crítica.

— ¡Ah! Es claro —contesté maquinalmente, ofreciendo también el tributo de mi compasión a la señora Condesa.

— Figúrese usted —prosiguió— que se ha dejado dominar por aquel hombre, y aquel hombre llegará a ser el dueño de la casa. ¡Pobrecilla! Cree que con llorar y lamentarse se remedia todo, y no: urge tomar una determinación. Porque ese hombre es un infame; le creo capaz de los mayores crímenes.

— ¡Ah! ¡Sí; es atroz! —dije yo también, participando, irreflexivamente, de su imaginación.

— Es como todos los hombres de malos instintos y de baja condición, que, si se elevan un poco, luego no hay quien les sufra. Bien claro indica su rostro que de allí no puede salir cosa buena...

— Ya lo creo; eso salta a la vista.

— Le explicaré a usted en breves palabras. La Condesa es una mujer excelente, angelical, tan discreta como hermosa, y digna, por todos conceptos, de mejor suerte. Pero está casada con un hombre que no comprende el tesoro que posee, y pasa la vida entregado al juego y a toda clase de entretenimientos ilícitos. Ella entre tanto se aburre y llora. ¿Es extraño que trate de sofocar su pena divirtiéndose honestamente aquí y allí, donde quiera que

suene un piano? Es más: yo mismo se lo aconsejo, y le digo: "Señora, procure usted distraerse, que la vida se acaba. Al fin, el señor Conde se ha de arrepentir de sus locuras y se acabarán las penas". Me parece que estoy en lo cierto.

— ¡Ah! ¡Sin duda —contesté con oficiosidad, continuando en mis adentros tan indiferente como al principio a las desventuras de la Condesa.

— Pero no es eso lo peor —añadió Cascajares, golpeando el suelo con su bastón—, sino que ahora el señor Conde ha dado en la flor de estar celoso...; sí, de cierto joven que se ha tomado a pechos la empresa de distraer a la Condesa.

— El marido tendrá la culpa de que lo consiga.

— Todo eso sería insignificante, porque la Condesa es la misma virtud; todo eso sería insignificante, digo, si no existiera un hombre abominable, que sospecho ha de causar un desastre en aquella casa.

— ¿De veras? ¿Y quién es ese hombre? —pregunté, con una chispa de curiosidad.

— Un antiguo mayordomo muy querido del Conde, y que se ha propuesto martirizar a aquella infeliz, cuanto sensible, señora. Parece que se ha apoderado de cierto secreto que la compromete y con este arma pretende..., ¡qué sé yo!.. ¡Es una infamia!

— Sí que lo es, y ello merece un ejemplar castigo —dije yo, descargando también el peso de mis iras sobre aquel hombre.

— Pero ella es inocente; ella es un ángel... Pero, calle; estamos en la Cibeles. Sí, ya veo, a la derecha, el Parque de Buenavista. Mande usted parar, mozo; que no soy de los que hacen la gracia de saltar cuando el coche está en marcha, para descalabrarse contra los adoquines. Adiós, mi amigo, adiós.

Paró el coche y bajó don Dionisio Cascajares y de la Vallina, después de darme otro apretón de manos y de causar segundo desperfecto en el sombrero de la dama inglesa aún no repuesta del primitivo susto.

### III

¡Cosa singular! Siguió el ómnibus su marcha, y yo, a mi vez, seguí pensando en la incógnita Condesa, en su cruel y suspicaz consorte, y sobre todo, en el hombre siniestro que, según la enérgica expresión del médico, a punto estaba de causar un desastre en aquella casa. Considera, lector, lo que es el humano pensamiento: cuando Cascajares principió a referirme aquellos sucesos, yo renegaba de su inoportunidad y pesadez; mas poco tardó mi imaginación en apoderarse de aquel mismo asunto, para darle vueltas de arriba abajo, operación psicológica que no deja de ser estimulada por la regular marcha del coche y el sordo y monótono rumor de sus ruedas, limando el hierro de los carriles.

Pero al fin dejé de pensar en lo que tan poco me interesaba, y, recorriendo con la vista el interior del coche, examiné, uno por uno, a mis compañeros de viaje. ¡Cuán distintas caras y cuán diversas expresiones! Unos, parecen no inquietarse ni lo más mínimo de los que llevan a su lado; otros, pasan revista al corrillo con impertinente curiosidad; unos están alegres; otros, tristes; aquél, bosteza; el de más allá, ríe, y, a pesar de la brevedad del trayecto, no hay uno que no desee terminarlo pronto; pues entre las cosas fastidiosas, ninguna aventaja a la que consiste en estar una docena de personas mirándose las caras sin decirse palabra, y contándose, recíprocamente, sus arrugas, sus lunares, y este o el otro accidente observado en el rostro o en la ropa.

Es singular aquel breve conocimiento con personas que no hemos visto y que, probablemente, no volveremos a ver. Al entrar, ya encontramos a alguien; otros, vienen después que estamos allí; unos se marchan, quedándonos nosotros, y, por último, también nos vamos. Imitación es esto de la vida humana, en que el nacer y

el morir son como las entradas y salidas a que me refiero, pues van renovando sin cesar, en generaciones de viajeros, el pequeño mundo que allí dentro vive. Entran, salen, nacen, mueren ¡Cuántos han pasado por aquí antes que nosotros! ¡Cuántos vendrán después!

Y para que la semejanza sea más completa, también hay un mundo chico de pasiones en miniatura dentro de aquel cajón. Muchos van allí que se nos antojan excelentes personas, y nos agrada su aspecto, y hasta les vemos salir con disgusto. Otros, por el contrario, nos revientan desde que les echamos la vista encima: les aborrecemos durante diez minutos; examinamos con cierto rencor sus caracteres frenológicos y sentimos verdadero gozo al verles salir. Y en tanto, sigue corriendo el vehículo, remedo de la vida humana, siempre recibiendo y soltando, uniforme, incansable, majestuoso, insensible a lo que pasa en su interior; sin que le conmuevan, ni poco ni mucho, las mal sofocadas pasioncillas de que es mudo teatro; siempre corriendo, corriendo sobre las dos interminables paralelas de hierro, largas y resbaladizas como los siglos.

#### IV

Mientras pensaba en esto, el coche subía por la calle de Alcalá, hasta que me sacó del golfo de tan revueltas cavilaciones el golpe de mi paquete de libros al caer al suelo. Recogílo al instante; mis ojos se fijaron en el pedazo de periódico que servía de envoltorio a los volúmenes, y, maquinalmente, leyeron medio renglón de lo que allí estaba impreso. De súbito sentí vivamente picada mi curiosidad: había leído algo que me interesaba y ciertos nombres esparcidos en el pedazo de folletín hirieron a un tiempo la vista y el recuerdo. Busqué el principio y no lo hallé: el papel estaba roto, y únicamente pude leer, con curiosidad primero y después con afán creciente lo que sigue:

*“Sentía la Condesa una agitación indescriptible. La presencia de Mudarra, el insolente mayordomo, que olvidando su bajo origen, atreviérase a poner los ojos en cosa tan alta, le causaba continua zozobra. El infame la estaba espiando sin cesar, la vigilaba como se vigila a un preso. Ya no le detenía ningún respeto, ni era obstáculo a su innoble acechanza la sensibilidad y delicadeza de tan excelente señora.*

*Mudarra penetró a deshora en la habitación de la Condesa, que, pálida y agitada, sintiendo a la vez vergüenza y terror, no tuvo ánimo para despedirle.*

*— No se asuste usía, señora Condesa —dijo con forzada y siniestra sonrisa, que aumentó la turbación de la dama—; no vengo a hacer a usía daño alguno.*

*— ¡Oh Dios mío! ¡Cuándo acabará este suplicio! —exclamó la Condesa, dejando caer sus brazos con desaliento—. Salga usted: yo no puedo acceder a sus deseos. ¡Qué infamia! Abusar de ese modo de mi debilidad y de la indiferencia de mi esposo, único autor de tantas desgracias.*

*— ¿Por qué tan arisca, señora Condesa? —añadió el feroz mayordomo—. Si yo no tuviera el secreto de su perdición en mi mano, si yo no pudiera imponer al señor Conde de ciertas particularidades..., pues..., referentes a aquel caballerito... Pero no abusaré, no de estas temibles armas. Usted me comprenderá al fin, conociendo cuán desinteresado es el gran amor que ha sabido inspirarme.*

*Al decir esto, Mudarra dio algunos pasos hacia la Condesa, que se alejó, con horror y repugnancia, de aquel monstruo.*

*Era Mudarra un hombre como de unos cincuenta años, moreno, rechoncho y patizambo, de cabellos ásperos y en orden, grande y colmilluda la boca. Sus ojos, medio ocultos tras la frondosidad de largas, negras y espesísimas cejas, en aquellos instantes expresaban la más bestial e impaciente concupiscencia.*

— ¡Ah puerco espín! —exclamó con ira, al ver el natural despego de la dama—. ¡Qué desdicha no ser un mozalbeta almidonado! Tanto remilgo, sabiendo que puedo informar al señor Conde... Y me creerá, no lo dude usía; el señor Conde... tiene en mí tal confianza, que lo que yo digo es para él el mismo Evangelio..., pues..., y como está celoso..., si yo le presento el papelito...

— ¡Infame! —exclamó la Condesa con noble arranque de indignación y dignidad—. Yo soy inocente, y mi esposo no será capaz de prestar oídos a tan viles calumnias. Y aunque fuera culpable, prefiero mil veces ser despreciada por mi marido y por todo el mundo a comprar mi tranquilidad a ese precio. Salga usted de aquí al instante.

— Yo también tengo mal genio, señora Condesa —dijo el mayordomo, devorando su rabia—, yo también gasto mal genio, y cuando me amosco... Puesto que usía lo toma por la tremenda, vamos por la tremenda. Yo sé lo que tengo que hacer, y demasiado condescendiente he sido hasta aquí. Por última vez propongo a usía que seamos amigos, y no me ponga en el caso de hacer un disparate ... Conque, señora Condesa...

Al decir esto, Mudarra contrajo la pergaminosa piel y los rígidos tendones de su rostro, haciendo una mueca parecida a una sonrisa, y dio algunos pasos como para sentarse en el sofá junto a la Condesa. Esta se levantó de un salto, gritando:

— ¡No; salga usted! ¡Infame! Y no tener quien me defienda... ¡Salga usted!...

El mayordomo entonces era como una fiera a quien se escapa la presa que ha tenido un momento antes entre sus uñas. Dio un resoplido, hizo un gesto de amenaza y salió despacio, con pasos muy quedos. La Condesa, trémula y sin aliento, refugiada en la extremidad del gabinete, sintió las pisadas, que, alejándose, se perdían en la alfombra de la habitación inmediata, y respiró al fin cuando le consideró lejos. Cerró todas las puertas y quiso dormir;

pero el sueño huía de sus ojos, aún aterrados con la imagen del monstruo.

CAPÍTULO XI. El complot. Mudarra, al salir de la habitación de la Condesa, se dirigió a la suya y, dominado por fuerte inquietud nerviosa, comenzó a registrar cartas y papeles, diciendo entre dientes: "Ya no aguanto más; me las pagará todas juntas..." Después se sentó, tomó la pluma, y poniendo delante una de aquellas cartas, y examinándola bien, empezó a escribir otra, tratando de remedar la letra.

Mudaba la vista, con febril ansiedad, del modelo a la copia, y, por último, después de gran trabajo, escribió, con caracteres enteramente iguales a los del modelo, la carta siguiente, cuyo contenido era de su propia cosecha: Había prometido a usted una entrevista, y me apresuro..."

El folletín estaba roto y no pude leer más.

## V

Sin apartar la vista del paquete, me puse a pensar en la relación que existía entre las noticias sueltas que oí de boca del señor Cascajares de la Vallina y la escena leída en aquel papelucho, folletín, sin duda, traducido de alguna de esas desatinadas novelas de Ponson du Terrail o de Montepin. Será una tontería, dije para mí, pero es lo cierto que ya me inspira interés esa señora Condesa, víctima de la barbarie de un mayordomo impasible, cual no existe sino en la trastornada cabeza de algún novelista nacido para aterrar a la gente sencilla. ¿Y qué haría el maldito para vengarse? Capaz sería de imaginar cualquier atrocidad de esas que ponen fin a un capítulo de sensación. Y el Conde, ¿qué hará? Y aquel mozalbeta de quien hablaron, Cascajares, en el coche, y después Mudarra, en

el folletín, ¿qué hará?, ¿quién será? ¿Qué hay entre la Condesa y ese incógnito caballero? Algo daría por saber ...

## VI

Recorrí con los ojos el interior del coche y, ¡horror!, vi una persona que me hizo estremecer de espanto. Mientras estaba yo embebido en la interesante lectura del pedazo de folletín, el tranvía se había detenido varias veces para tomar o dejar algún viajero. En una de estas ocasiones había entrado aquel hombre, cuya súbita presencia me produjo tan grande impresión. Era él, Mudarra, el mayordomo en persona, que estaba sentado frente a mí, con sus rodillas tocando las mías. En un segundo le examiné de pies a cabeza y reconocí las facciones cuya descripción había leído. No podía ser otro; hasta los más insignificantes detalles de su vestido indicaban claramente que era él. Reconocí la tez morena y lustrosa; los cabellos indomables, cuyas mechassurgían en opuestas direcciones, como las culebras de Medusa; los ojos hundidos bajo la espesura de unas agrestes cejas; las barbas, no menos revueltas e incultas que el pelo; los pies, torcidos hacia dentro, como los de los loros, y, en fin la misma mirada, el mismo hombre en el aspecto, en el traje, en el respirar, en el toser, hasta en el modo de meterse la mano en el bolsillo para pagar.

De pronto le vi sacar una cartera, y observé que este objeto tenía en la cubierta una gran M dorada, la inicial de su apellido. Abrióla, sacó una carta y miró el sobre con sonrisa de demonio, y hasta me pareció que decía entre dientes:

— ¡Qué bien imitada está la letra!

En efecto, era una carta pequeña, con el sobre garabateado por mano femenina. Él lo miró bien, recreándose en su infame obra, hasta que observó que yo con curiosidad indiscreta y descor-

tés, alargaba demasiado el rostro para leer el sobrescrito. Dirigióme una mirada que me hizo el efecto de un golpe, y guardó su cartera.

El coche seguía corriendo, y en el breve tiempo necesario para que yo leyera el trozo de novela, para que pensara un poco en tan extrañas cosas, para que viera al propio Mudarra, novelesco, inverosímil, convertido en ser vivo y compañero mío en aquel viaje, había dejado atrás la calle de Alcalá, atravesaba la Puerta del Sol y entraba triunfante en la calle Mayor, abriéndose paso por entre los demás coches, haciendo correr a los carrmatos rezagados y perezosos, y ahuyentando a los peatones, que, en el tumulto de la calle, y aturdidos por la confusión de tantos y tan diversos ruidos, no ven la mole que se les viene encima sino cuando ya la tienen a muy poca distancia.

Yo seguía contemplando a aquel hombre como se contempla a un objeto de cuya existencia real no estamos muy seguros, y no quité los ojos de su repugnante facha hasta que no le vi levantarse, mandar parar el coche y salir, perdiéndose luego entre el gentío de la calle.

## VII

Varias personas salieron y entraron, y la decoración viviente del coche mudó por completo.

Cada vez era más viva la curiosidad que me inspiraba aquel suceso, que al principio podía considerar como forjado exclusivamente en mi cabeza por la coincidencia de varias sensaciones ocasionadas en la conversación o en la lectura pero que, al fin, se me figuraba cosa cierta y de indudable realidad.

Cuando salió el hombre en quien creí ver al terrible mayordomo, me quedé pensando en el incidente de la carta, y me lo expliqué a mi manera, no queriendo ser, en tan delicada cuestión,

menos fecundo que el novelista, autor de lo que momentos antes había leído. Mudarra, pensé, deseoso de vengarse de la Condesa, ¡oh infortunada Condesa!, finge su letra y escribe una carta a aquel caballero, con quien hubo esto y lo otro y lo de más allá. En la carta le da una cita en su propia casa; llega el joven a la hora indicada, y, poco después, el marido, a quien se ha tenido cuidado de avisar, para que coja *in fraganti* a su desleal esposa: ¡oh admirable recurso del ingenio! Esto, que en la vida tiene su pro y su contra, en la novela viene como anillo al dedo. La dama se desmaya, el amante se turba, el marido hace una atrocidad, y detrás de la cortina está el fatídico semblante del mayordomo, que se goza en su endiablada venganza.

Yo, que he leído muchas y muy malas novelas, di aquel giro a la que, insensiblemente, iba desarrollándose en mi imaginación por las palabras de un amigo, la lectura de un trozo de papel y la vista de un desconocido.

## VIII

Andando, andando, el coche seguía, y ya por causa del calor que allí dentro se sentía, ya porque el movimiento, pausado y monótono, del vehículo produce cierto mareo que degenera en sueño, lo cierto es que sentí pesados los párpados, me incliné del costado izquierdo, apoyando el codo en el paquete de libros, y cerré los ojos. En esta situación continué viendo la hilera de caras de ambos sexos que ante mí tenía, barbadadas unas, limpias de pelo las otras, aquellas riendo, éstas muy acartonadas y serias. Después me pareció que, obedeciendo a la contracción de un músculo común, todas aquellas caras hacían muecas y guiños, abriendo y cerrando los ojos y las bocas y mostrándome, alternativamente, una serie de dientes que variaban desde los más blancos hasta los

más amarillos, afilados unos, romos y gastados los otros. Aquellas ocho narices erigidas bajo dieciséis ojos de diverso color y expresión crecían o menguaban, variando de forma; las bocas se abrían en línea horizontal, produciendo mudas carcajadas, o se estiraban hacia delante formando hocicos puntiagudos, parecidos al interesante rostro de cierto benemérito animal que tiene sobre sí el anatema de no poder ser nombrado.

Por detrás de aquellas ocho caras, cuyos horrendos visajes he descrito, y al través de las ventanillas del coche, yo veía la calle, las casas y los transeúntes, todo en veloz carrera, como si el tranvía anduviera con rapidez vertiginosa. A mí, por lo menos, me parecía que marchaba más aprisa que nuestros ferrocarriles, más que los franceses, más que los ingleses, más que los norteamericanos; corría con toda la velocidad que puede suponer la imaginación, tratándose de la traslación de lo sólido.

A medida que era más intenso aquel estado letargoso, se me figuraba que iban desapareciendo las casas, Madrid entero. Por un instante creí que el tranvía corría por lo más profundo de los mares; al través de los vidrios se veían los cuerpos de cetáceos enormes y los miembros pegajosos de una multitud de pólipos de diversos tamaños. Los peces pequeños sacudían sus colas resbaladizas contra los cristales, y algunos miraban adentro con sus grandes y dorados ojos. Crustáceos de forma desconocida, grandes moluscos, madreporas, esponjas y una multitud de bivalvos, grandes y deformes, cual nunca yo los había visto, pasaban sin cesar. El coche iba tirado por no sé qué especie de nadantes monstruos, cuyos remos, luchando con el agua, sonaban como las paletadas de una hélice, tornillando la masa de agua con su infinito voltear.

Esta visión se iba extinguiendo, y después me parecía que el coche iba por los aires, volando en dirección fija y sin que lo agitaran los vientos. Al través de los cristales no se veía nada más que espacio; las nubes nos envolvían a veces; una lluvia violenta y

repentina tamborileaba en la imperial; de pronto salíamos al espacio puro, inundado de sol, para volver de nuevo a penetrar en el vaporoso seno de celajes inmensos, ya rojos, ya amarillos, tan pronto de ópalo como de amatista, que iban quedándose atrás en nuestra marcha. Otras veces pasábamos por un sitio del espacio en que flotaban masas resplandecientes de un finísimo polvo de oro; otras veces, aquella polvareda, que a mí se me antojaba producida por el movimiento de las ruedas triturando la luz, era de plata, después verde, como harina de esmeraldas, y, por último, roja, como harina de rubíes. El coche iba arrastrado por algún volátil apocalíptico, más fuerte que el hipogrifo y más atrevido que el dragón, y el rumor de las ruedas y de la fuerza motriz recordaba el zumbido de las grandes aspas de un molino de viento, o más bien el de un abejorro del tamaño de un elefante. Volábamos por el espacio sin fin sin llegar nunca, y entretanto la tierra quedábase abajo, a muchas leguas de nuestros pies; y en la tierra, España, Madrid, el barrio de Salamanca, Cascajares, la Condesa, el Conde, Mudarra, el incógnito galán, todos ellos.

## IX

No tardé en dormirme profundamente; y entonces el coche cesó de andar, cesó de volar y desapareció para mí la sensación de que iba en tal coche, no quedando más que el ruido monótono y profundo de las ruedas, que no nos abandonan jamás en nuestras pesadillas dentro de un tren o en el camarote de un vapor. Me dormí. *¡Oh infortunada Condesa! La vi tan claramente como estoy viendo en este instante el papel en que escribo; la vi sentada junto a un velador, la mano en la mejilla, triste y meditabunda como una estatua de la melancolía. A sus pies estaba acurrucado un perrillo, que me pareció tan triste como su interesante ama.*

*Entonces pude examinar a mis anchas a la mujer que yo consideraba como la desventura en persona. Era de alta estatura, rubia, con grandes y expresivos ojos, nariz fina y casi, casi grande, de forma muy correcta y perfectamente engendrada por dos curvas de sus hermosas y azuladas cejas. Estaba peinada sin afectación, y en esto, como en su traje, se comprendía que no pensaba salir aquella noche. ¡Tremenda, mil veces tremenda noche! Yo observaba con creciente ansiedad la hermosa figura que tanto deseaba conocer, y me pareció que podía leer sus ideas en aquella noble frente, donde la costumbre de la concentración mental había trazado unas cuantas líneas imperceptibles, que el tiempo convertiría pronto en arrugas.*

## X

*De repente se abre la puerta, dando paso a un hombre. La Condesa dio un grito de sorpresa y se levantó muy agitada.*

*— ¿Qué es esto? —dijo— Rafael... ¡Usted! ¡Qué atrevimiento! ¿Cómo ha entrado usted aquí?*

*— Señora —contestó el que había entrado, joven de muy buen porte—. ¿No me esperaba usted? He recibido una carta suya.*

*— ¡Una carta mía! —exclamó más agitada la Condesa—. Yo no he escrito carta ninguna. ¿Y para qué había de escribirla?*

*— Señora, vea usted —repuso el joven, sacando la carta y mostrándosela—; es su letra, su misma letra.*

*— ¡Dios mío! ¡Qué infernal maquinación! —dijo la dama con desesperación—. Yo no he escrito esa carta. ¡Ah! Es un lazo que me tienden...*

*— Señora, cálmese usted... Yo siento mucho...*

*— Sí; lo comprendo todo... Ese hombre infame. Ya sospecho*



*cuál habrá sido su idea. Salga usted al instante... Pero ya es tarde; ya siento la voz de mi marido.*

*En efecto, una voz atronadora se sintió en la habitación inmediata, y al poco rato entró el Conde, que fingió sorpresa de ver al galán, y después, riendo con cierta afectación, le dijo:*

*— ¡Oh Rafael!, usted por aquí... Cuánto tiempo... Venía usted a acompañar a Antonia... Con eso nos acompañará a tomar el té.*

*La Condesa y su esposo cambiaron una mirada siniestra. El joven, en su perplejidad, apenas acertó a devolver al Conde su saludo. Vi que entraron y salieron varios criados; vi que trajeron un servicio de té y desaparecieron después, dejando solos a los tres personajes. Iba a pasar algo terrible.*

*Sentáronse; la Condesa estaba pálida como una muerta; el Conde afectaba una hilaridad aturdida, semejante a la embriaguez, y la joven callaba, contestándole sólo con monosílabos. Sirvió el té y el Conde alargó a Rafael una de las tazas, no una cualquiera, sino una determinada. La Condesa miró aquella taza con tal expresión de espanto, que pareció echar en ella todo su espíritu. Bebieron en silencio, acompañando la poción con muchas variedades de las sabrosas pastas Huntley and Palmers y otras menudencias propias de tal clase de cena. Después, el Conde volvió a reír con la desaforada y ruidosa expansión que le era peculiar aquella noche, y dijo:*

*— ¡Cómo nos aburrimos! Usted, Rafael, ¿no dice una palabra! Antonia, toca algo. Hace tanto tiempo que no te oímos... Mira, aquella pieza de Gortzchach que se titula Morte; la tocabas admirablemente. Vamos, ponte al piano.*

*La Condesa quiso hablar; pero le era imposible articular palabra. Su marido la miró de tal modo, que la infeliz cedió ante la terrible expresión de sus ojos, como la paloma fascinada por el boa constrictor. Se levantó, dirigiéndose al piano, y ya allí, el*

*Conde debió de decirle algo que la aterró más, acabando de ponerla bajo su infernal dominio. Sonó el piano heridas a la vez multitud de cuerdas, y corriendo de las graves a las agudas, las manos de la Condesa despertaron en un segundo los centenares de sonidos que dormían mudos en el fondo de la caja. Al principio, la música era una confusa reunión de sonos que aturdió en vez de agradar; pero luego serenóse aquella tempestad, y un canto fúnebre y temeroso, como el Dies irae, surgió de tal desorden. Yo creía escuchar el son triste de un coro de cartujos, acompañado con el bronco mugido de los fagots. Sentíanse después ayes lastimeros como nos figuramos han de ser los que exhalan las ánimas condenadas en el Purgatorio a pedir incesantemente un perdón que ha de llegar muy tarde.*

*Volvían luego los arpegios prolongados y ruidosos y las notas se encabritaban unas sobre otras, como disputándose cuál ha de llegar primero. Se hacían y deshacían los acordes como se forma y desbarata la espuma de las olas. La armonía fluctuaba y hervía en un oleaje sin fin, alejándose hasta perderse y volviendo más fuerte, en grandes y atropellados remolinos.*

*Yo continuaba extasiado oyendo aquella música imponente y majestuosa; no podía ver el semblante de la Condesa, sentada de espaldas a mí; pero me la figuraba en tal estado de aturdimiento y pavor, que llegué a pensar que el piano se tocaba solo.*

*El joven estaba detrás de ella, y el Conde a su derecha, apoyado en el piano. De vez en cuando ella levantaba la vista para mirarle; pero debía de encontrar expresión muy horrenda en los ojos de su consorte, porque tornaba a bajar los suyos y seguía tocando. De repente, el piano cesó de sonar y la Condesa dio un grito.*

*En aquel instante sentí un fuertísimo golpe en un hombro, me sacudió violentamente y desperté.*

## XI

Había cambiado de postura en la agitación de mi sueño y me había dejado caer sobre la venerable inglesa que a mi lado iba.

– ¡Aaah! Usted, *sleeping...*, molestar... mí –dijo con avinagrado mohín, mientras rechazaba mi paquete de libros, que había caído sobre sus rodillas.

– Señora..., es verdad...; me dormí –contesté, turbado, al ver que todos los viajeros se reían de aquella escena.

– ¡Oooh!... Yo soy... *going...*, to decir al *coachman* usted molestar... mí. Usted, caballero... *very shocking* –añadió la inglesa en su jerga ininteligible–. ¡Oooh! Usted creer... *my body es...* su cama *ford*. Usted... *to sleep*. ¡Oooh!, *gentleman, you are a stupid ass*.

Al decir esto, la hija de la Gran Bretaña, que era de sí bastante amoratada, estaba lo mismo que un tomate. Creyérase que la sangre, agolpada a sus carrillos y a su nariz, iba a brotar por sus cadentes poros, y me mostraba cuatro dientes puntiagudos y muy blancos, como si me quisiera roer. Le pedí mil perdones por mi sueño descortés, recogí mi paquete y pasé revista a las nuevas caras que dentro del coche había. Figúrate, ¡oh cachazudo y benévolo lector!, cuál sería mi sorpresa cuando vi, frente a mí, ¿a quién creerás?: al joven de la escena soñada, al mismo don Rafael en persona. Me estregué los ojos para convencerme de que no dormía, y, en efecto, despierto estaba, y tan despierto como ahora.

Era él, él mismo, y conversaba con otro que a su lado iba. Puse atención y escuché con toda mi alma.

– Pero ¿tú no sospechaste nada? –le decía el otro.

– Algo, sí; pero callé. Ella parecía difunta: tal era su terror. Su marido la mandó tocar el piano, y ella no se atrevió a resistir.

Tocó, como siempre, de una manera admirable, y oyéndola llegué a olvidarme de la peligrosa situación en que nos encontrábamos. A pesar de los esfuerzos que ella hacía para aparecer serena, llegó un momento en el que le fue imposible fingir más. Sus brazos se aflojaron, y resbalando de las teclas, echó la cabeza atrás y dio un grito. Entonces su marido sacó un puñal, y dando un paso hacia ella, exclamó con furia: “¡Toca o te mato al instante!” Al ver aquello, hirvió mi sangre toda; quise echarme sobre aquel miserable, pero sentí en mi cuerpo una sensación que no puedo pintarte; creí que, repentinamente, se había encendido una hoguera en mi estómago; fuego corría por mis venas; las sienes me latieron, y caí al suelo, sin sentido.

– ¿Y antes, no conociste los síntomas del envenenamiento? –le preguntó el otro.

– Notaba cierta desazón, y sospeché vagamente; pero nada más. El veneno estaba preparado, porque hizo el efecto tarde y no me mató, aunque sí me ha dejado una enfermedad para toda la vida.

– Y después que perdiste el sentido, ¿qué pasó?

Rafael iba a contestar, y yo le escuchaba como si de sus palabras pendiera un secreto de vida o muerte, cuando el coche paró.

– ¡Ah!, ya estamos en los Consejos. Bajemos –dijo Rafael.

¡Qué contrariedad! Se marchaban y yo no sabía el fin de la historia.

– Caballero, caballero, una palabra –dije al verlos salir.

El joven se detuvo y me miró.

– ¿Y la Condesa? ¿Qué fue de la Condesa? –pregunté con mucho afán.

Una carcajada general fue la única respuesta. Los dos jóvenes, riéndose también salieron sin contestarme palabra. El único ser vivo que conservó su serenidad de esfinge en la cómica escena

fue la inglesa, que llena de indignación al ver mis extravagancias, se volvió a los demás viajeros, diciendo:

– ¡Oooh! *A lunatic fellow!*

## XII

El coche seguía, y a mí me abrasaba la curiosidad por saber qué había sido de la desdichada Condesa. ¿La mató su marido? Yo me hacía cargo de las intenciones de aquel malvado. Ansioso de gozarse en su venganza, como todas las almas crueles, quería que su mujer presenciase, sin dejar de tocar, la agonía de aquel incauto joven, llevado allí por una vil celada de Mudarra.

Mas era imposible que la dama continuara haciendo deses- perados esfuerzos para mantener su serenidad, sabiendo que Rafael había bebido el veneno. ¡Trágica y espeluznante escena!, pensaba yo, cada vez más convencido de la realidad de aquel suceso; ¡y luego dirán que estas cosas sólo se ven en las novelas!

Al pasar por delante de Palacio, el coche se detuvo y entró una mujer que traía un perrillo en los brazos. Al instante reconocí al perro que había visto recostado a los pies de la Condesa; era el mismo, la misma lana, blanca y fina; la misma mancha negra sobre una de las orejas. La suerte quiso que aquella mujer se sentara a mi lado. No pudiendo yo resistir la curiosidad, le pregunté:

– ¿Es de usted ese perro tan bonito?

– ¿Pues de quién a de ser? ¿Le gusta a usted?

Cogí una de las orejas del inteligente animal para hacerle una caricia; pero él, insensible a mis demostraciones de cariño, ladró, dio un salto y puso sus patas sobre las rodillas de la inglesa, que me volvió a enseñar sus dos dientes, como queriéndome roer, y exclamó:

– ¡Oooh! Usted... *insupportable.*

– ¿Y dónde ha adquirido usted ese perro? –pregunté, sin hacer caso de la nueva explosión colérica de la mujer británica– ¿Se puede saber?

– Era de mi señorita.

– ¿Y qué fue de su señorita? –dije, con la mayor ansiedad.

– ¡Ah! ¿Usted la conocía? –repuso la mujer–. Era muy buena, ¿verdad?

– ¡Oh!, excelente... Pero ¿me explicará usted en qué paró todo aquello?

– ¿De modo que usted está enterado? ¿Usted tiene noticias...?

– Sí, señora... He sabido todo lo que ha pasado, hasta aquello del té..., pues. Y, diga usted, ¿murió la señora?

– ¡Ah! Sí, señor; está en la gloria.

– ¿Y cómo fue eso? ¿La asesinaron o fue a consecuencia del susto?

– ¡Qué asesinato ni qué susto! –dijo con expresión burlona–. Usted no está enterado. Fue que aquella noche había comido no sé qué, pues..., y le hizo daño... Le dio un desmayo que le duró hasta el amanecer.

“¡Bah! –pensé yo– Ésta no sabe una palabra del incidente del piano y del veneno, o no quiere darse por entendida”.

Después dije en voz alta:

– ¿Conque fue de indigestión?

– Sí, señor. Yo le había dicho aquella noche: “Señora, no coma usted esos mariscos”; pero no me hizo caso.

– Conque mariscos, ¿eh? –dije con incredulidad–. ¡Si sabré yo lo que ha ocurrido!

– ¿No lo cree usted?

– Sí..., sí –repuse, aparentando creerlo–. ¿Y el Conde?

– ¿Qué Conde?

– Su marido, el esposo de la señora Condesa, el que sacó el

puñal cuando tocaba el piano. La mujer me miró un instante, y después soltó la risa en mis propias barbas.

— ¿Se ríe usted?... ¡Bah! ¿Piensa usted que no estoy perfectamente enterado? Ya comprendo; usted no quiere contar los hechos como realmente son. Ya se ve; ¡como en eso hay causa criminal!...

— Es que ha hablado usted de un Conde y de una Condesa.

— ¿No era el ama de ese perro la señora Condesa, a quien el mayordomo Mudarra...?

La mujer volvió a soltar la risa con tal estrépito, que me desconcerté, diciendo para mi capote: “Ésta debe de ser cómplice de Mudarra, y, naturalmente, ocultará todo lo que pueda”.

— Usted está loco —añadió la desconocida.

— *Lunatic, lunatic... Mi... suffocated... Oooh! My God!*

— Sí; yo lo sé todo; vamos, no me lo oculte usted. Dígame de qué murió la señora Condesa.

— ¿Qué Condesa ni qué ocho cuartos, hombre de Dios? —dijo la mujer, volviéndose a reír.

— ¡Si creerá usted que me engaña a mí con sus risitas! —contesté—. La Condesa ha muerto envenenada o asesinada; no me queda la menor duda.

### XIII

Llegó el coche al barrio de Pozas, y yo, al término de mi viaje. Salimos todos: la inglesa me echó una mirada que indicaba su regocijo por verse libre de mí, y cada cual se dirigió a su destino. Yo seguí a la mujer del perro, aturdiéndola a preguntas, hasta que entró en su casa, riendo siempre de mi empeño en averiguar vidas ajenas. Al verme solo en la calle, recordé el objeto de mi viaje, y me dirigí a la casa donde debía entregar aquellos libros. Devolvílos a la persona que me los había prestado para leerlos, y me puse a

pasear frente al Buen Suceso, esperando a que saliese de nuevo el coche para regresar al otro extremo de Madrid.

No podía apartar de la imaginación a la infortunada Condesa, y cada vez me confirmaba más en mi idea de que la mujer con quien últimamente hablé había querido engañarme, ocultando la verdad de la misteriosa tragedia.

### XIV

Iba anocheciendo ya cuando el coche se disponía a partir. Entré, y lo primero que mis ojos vieron fue a la señora inglesa, sentada donde antes estuvo. Cuando me vio subir y tomar sitio a su lado, la expresión de su rostro no es definible; se puso otra vez como la grana, exclamando:

— ¡Oooh!... Usted..., *mi* quejarse al *coachman*... Usted reventar *mi fort it*.

Tan preocupado estaba yo con mis confusiones, que, sin hacerme cargo de lo que la inglesa me decía en el híbrido y trabajoso lenguaje, le contesté:

— Señora, no hay duda que la Condesa murió envenenada o asesinada. Usted no tiene ni idea de la ferocidad de aquel hombre.

Seguía el coche, y de trecho en trecho se detenía para recoger pasajeros. Cerca del Palacio Real entraron tres, tomando asiento enfrente de mí. Uno de ellos era un hombre alto, seco y huesudo, con muy severos ojos y un hablar campanudo que imponía respeto.

No hacía diez minutos que estaban allí, cuando este hombre se volvió a los otros dos, y dijo:

— ¡Pobrecilla! ¡Cómo se lamentaba en sus últimos instantes! La bala le entró por encima de la clavícula derecha y después bajó hasta el corazón.

— ¿Cómo? —exclamé yo, repentinamente, dirigiéndome a ellos—. ¿Con que fue de un tiro? ¿No murió de una puñalada?

Los tres me miraron con sorpresa.

— De un tiro; sí, señor —dijo con cierto desabrimiento el alto, seco y huesudo.

— Y aquella mujer sostenía que había muerto de una indigestión —dije, interesándome cada vez más en aquel asunto—. Cuento usted, ¿y cómo fue?

— ¿Y a usted, qué le importa? —dijo el otro, con muy avinagrado gesto.

— Tengo mucho interés por conocer el fin de esa horrorosa tragedia. ¿No es verdad que parece cosa de novela?

— ¡Qué novela ni qué niño muerto! ¿Usted está loco, o quiere burlarse de nosotros?

— Caballerito, cuidado con las bromas —dijo el alto y seco.

— ¿Creen ustedes que no estoy enterado? Lo sé todo; he presenciado varias escenas de ese horrendo crimen. Pero dicen ustedes que la Condesa murió de un pistoletazo.

— Válganos Dios; nosotros no hemos hablado de Condesa, sino de mi perra, a quien cazando disparamos inadvertidamente un tiro. Si usted quiere bromear puede buscarme en otro sitio, y ya le contestaré como merece.

— Ya, ya comprendo; ahora hay empeño en ocultar la verdad —dije, juzgando que aquellos hombres querían desorientarme en mis pesquisas, convirtiendo en perra a la desdichada Condesa.

Ya preparaba el otro su contestación, sin duda más enérgica de lo que el caso requería, cuando la inglesa se llevó el dedo a la sien, como para indicarles que yo no regía bien de la cabeza. Calmáronse con esto y no dijeron una palabra más en todo el viaje, que terminó para ellos en la Puerta del Sol. Sin duda me habían tenido miedo.

## XV

Tan dominado yo continuaba por aquella preocupación, que en vano quería serenar mi espíritu, razonando conmigo mismo los verdaderos términos de tan embrollada cuestión. Pero cada vez eran mayores mis confusiones, y la imagen de la pobre señora no se apartaba de mi imaginación. En todos los semblantes que iban sucediéndose dentro del coche creía ver algo que contribuyera a explicar el enigma. Yo sentía una sobreexcitación cerebral espantosa, y sin duda el trastorno interior debía pintarse en mi rostro, porque todos me miraban como se mira una cosa que no se ve todos los días.

## XVI

Faltaba aún algún incidente que había de turbar más mi cabeza en aquel viaje fatal. Al pasar por la calle de Alcalá, entró un caballero con su señora; él quedó junto a mí. Era un hombre que parecía afectado de una fuerte y reciente impresión, y hasta creí que alguna vez se llevó el pañuelo a los ojos para enjugar las invisibles lágrimas que, sin duda, corrían bajo el cristal verde oscuro de sus descomunales antiparras.

Al poco rato de estar allí, aquel hombre dijo, en voz baja, a la que parecía ser su mujer:

— Pues hay sospechas de que ha habido envenenamiento: no lo dudes. Me lo acaba de decir don Mateo. ¡Desdichada mujer!

— ¡Qué horror! Ya me lo figuraba también —contestó su consorte—. De aquellos cafres, ¿qué se podía esperar?

— Juro no dejar piedra sobre piedra hasta averiguarlo.

Entonces yo, que era todo oídos, exclamé, también en voz baja:

— Sí, señor; ha habido envenenamiento. Me consta.

— ¿Cómo? ¿Usted lo sabe? ¿Usted también la conocía? —me dijo vivamente el de las antiparras verdes, volviéndose hacia mí.

— Sí, señor; y no dude usted que la muerte ha sido violenta, por más que quieran hacernos creer que fue una indigestión.

— Lo mismo digo yo. ¡Qué excelente mujer era! Pero... ¿cómo sabe usted...?

— Lo sé, lo sé —repuse, muy satisfecho de que aquél no me tuviera por loco.

— Luego usted irá a declarar al Juzgado; porque ya se está formando la sumaria.

— Me alegro; para que castiguen a esos bribones. Iré a declarar, iré a declarar; sí, señor.

A tal extremo había llegado mi obcecación, que concluí por penetrarme de aquel suceso, mitad soñado, mitad leído, y lo creí como ahora creo que es pluma esto con que escribo.

— Pues sí, señor; es preciso aclarar este enigma para que se castigue a los autores del crimen. Yo declararé fue envenenada con una taza de té, lo mismo que el joven.

— Oye, Petronila —dijo a su esposa el de las antiparras—, con una taza de té.

— Sí; estoy asombrada —contestó a dama—. Cuidado con lo que fueron a inventar esos hombres.

— Sí, señor; con una taza de té. La Condesa tocaba el piano...

— ¿Qué Condesa? —preguntó aquel hombre, interrumpiéndome.

— La Condesa, la envenenada.

— Si no se trata de ninguna Condesa, hombre de Dios.

— Vamos; usted también es de los empeñados en ocultarlo.

— ¡Bah, bah!; si en esto no ha habido ninguna Condesa ni Duquesa, sino simplemente la lavandera de mi casa, mujer del guardagujas del Norte.

— ¿Lavandera, eh? —dije en tono de picardía—. Si también me querrá usted hacer tragar que es una lavandera.

Aquel hombre y su esposa me miraron con una expresión burlona, y después se dijeron en voz baja algunas palabras. Por un gesto que vi hacer a la señora comprendí que había adquirido el profundo convencimiento de que yo estaba borracho. Llenéme de resignación ante aquella ofensa, y callé, contentándome con despreciar en silencio, cual conviene a las grandes almas, tan irreverente suposición. Cada vez era mayor mi zozobra; la Condesa no se apartaba ni un instante de mi pensamiento, y había llegado a interesarme tanto por su siniestro fin como si todo aquello no fuera elaboración enfermiza de mi propia fantasía, impresionada por sucesivas visiones y diálogos. En fin, para que se comprenda a qué extremos llegó mi locura, voy a referir el último incidente de aquel viaje; voy a decir con qué extravagancia puse término a aquel doloroso pugilato de mi entendimiento, empeñado en fuerte lucha con un ejército de sombras.

## XVII

Entraba el coche por la calle Serrano, cuando por la ventanilla que frente a mí tenía miré a la calle, débilmente iluminada por la escasa luz de los faroles, y vi pasar a un hombre. Di un grito de sorpresa y exclamé desatinado:

— Ahí va, es él, el feroz Mudarra, el autor principal de tantas infamias.

Mandé parar el coche y salí, mejor dicho, salté a la puerta,

tropezando con los pies y las piernas de los viajeros; bajé a la calle y corrí tras aquel hombre, gritando:

— ¡A ése, a ése! ¡Al asesino!

Júzguese cuál sería el efecto producido por estas voces en aquel pacífico barrio.

Aquel hombre, el mismo exactamente que yo había visto en el coche por la tarde, fue detenido. Yo no cesaba de gritar:

— ¡Es el que preparó el veneno para la Condesa, el que asesinó a la Condesa!

Hubo un momento de indescriptible confusión. Afirmó él que yo estaba loco; pero que quieras que no, los dos fuimos conducidos a la Prevención. Después perdí por completo la noción de lo que pasaba. No recuerdo lo que hice aquella noche en el sitio donde me encerraron. El recuerdo más vivo que conservo después de tan curioso lance fue el de haber despertado del profundo letargo en que caí, verdadera borrachera moral producida no sé por qué, por uno de esos pasajeros fenómenos de enajenación que la ciencia estudia con gran cuidado como precursores de la locura definitiva.

Como es de suponer, aquello no tuvo consecuencias, porque el antipático personaje que yo bauticé con el nombre de Mudarra es un honrado comerciante de ultramarinos, que jamás había envenenado a Condesa alguna. Pero aún por mucho tiempo después persistía yo en mi engaño, y solía exclamar:

— Infortunada Condesa; por más que digan, yo siempre sigo en mis trece. Nadie me persuadirá de que no acabaste tus días a manos de tu iracundo esposo.

## XVIII

Ha sido preciso que transcurran algunos meses para que las sombras vuelvan al ignorado sitio de donde surgieron, volviéndome loco, y torne la realidad a dominar en mi cabeza. Me río siempre que recuerdo aquel viaje, y toda la consideración que antes me inspiraba la soñada víctima la dedico ahora ¿a quién creeréis?, a mi compañera de viaje de aquella angustiosa expedición, a la irascible inglesa, a quien disloqué un pie en el momento de salir atropelladamente del coche para perseguir al supuesto mayordomo.

*Madrid, noviembre de 1871.*